



Tres hechos importantes

LA GLORIA DE CADENAS, LA CUMBRE SIN CONSENSO Y LA EXPULSIÓN DE GUAIDÓ

ALFONSO MOLINA



Foro Miradas desde adentro y desde afuera

EL OTRO DUELO MIGRATORIO

REDACCIÓN ÁVILA MONSERRATE



Un espacio en Bárbula

LA PARANOIA DE LA DIÁSPORA

TOMÁS PÁEZ



Volver a cuándo

LA NOVELA DE LA MIGRACIÓN

JUAN FRANCISCO MISLE

AGENDA



Tres hechos importantes

LA GLORIA DE CADENAS, LA CUMBRE SIN CONSENSO Y LA EXPULSIÓN DE GUAIDÓ

ALFONSO MOLINA



Concluyó la última semana de cuarto mes del año con tres situaciones muy significativas, una mucho mejor que las otras dos. Sobre todo para los venezolanos en el mundo y, especialmente, para los que habitamos Colombia, que somos casi tres millones de almas.

La gloria de Cadenas

La primera de ellas sucedió el lunes 24 de abril, cuando el poeta Rafael Cadenas, nacido hace 93 años en Barquisimeto, Lara, recibió el Premio Cervantes de manos del Rey de España, Felipe VI, en un acto celebrado y transmitido al mundo desde la Universidad de Alcalá de Henares, lugar de nacimiento de Miguel de Cervantes.

Al recibir el máximo reconocimiento a las letras en castellano, el autor de *Cuadernos del destierro* y *Falsas maniobras* declaró al comienzo de su discurso que “este premio me ha sobrepasado”. Exaltó la defensa del idioma, la democracia y la libertad y citó al ingenioso hidalgo de La Mancha cuando Don Quijote le dice a su escudero: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos, con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la Tierra ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a un hombre”.

En Ávila Monserrate nos sentimos orgullosos de haber organizado y realizado un doble homenaje a Rafael Cadenas y a Darío Jaramillo Agudelo, poeta, narrador y ensayista colombiano, en el marco del Primer Encuentro Binacional de las Letras, celebrado en abril de 2019 en varios lugares de Bogotá. A través de grabaciones de video el antioqueño se refirió a la obra del larense y este a la obra de aquel. Fue una feliz ocasión para honrar la amistad entre ambos creadores.

Cadenas ha recibido el Premio Nacional de Literatura de Venezuela en 1985, los doctorados honoris causa de la Universidad de Los Andes en 2001, de la Universidad Central de Venezuela en 2005 y de la Universidad Centrocidental Lisandro Alvarado en 2012. También el Premio Internacional del Poesía Federico García Lorca en 2015, el Premio Andrés Bello de la Academia Venezolana de la Lengua también en 2015, el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en 2018 y ahora el Premio Cervantes 2022.

Para honra de los venezolanos en el mundo.

La cumbre sin consenso

El presidente Gustavo Petro concibió y organizó en el Palacio de San Carlos, el martes 25 de abril, una reunión internacional para contribuir a superar la crisis política venezolana, a la cual acudieron representantes de una veintena de países, incluyendo a Juan González, asesor del presidente Joe Biden, Romain Nadal, embajador de Francia en Venezuela, y Josep Borrell, alto representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad. No fue una cumbre de cancilleres, como se anunció días antes, sino de representantes de varios países, incluidos Alemania, España, Francia, Italia, Noruega, Portugal, México, Argentina y Chile. No hubo representante de Venezuela, ni del régimen de Maduro ni de la oposición democrática.

Antes de esta reunión, el primer mandatario colombiano se había reunido en Caracas con Nicolás Maduro en varias ocasiones. Se especuló mucho que la cumbre tenía el objetivo de solicitar a Estados Unidos la suspensión de las sanciones al régimen y los funcionarios venezolanos, objetivo condenado al fracaso desde el principio. La primera formulación del Palacio de Miraflores exigía levantar las sanciones para permitir elecciones. La formulación resultante es que primero se adelante el proceso de elecciones para luego levantar las sanciones. El orden de los factores sí altera el producto.

Las otras exigencias de Maduro y Jorge Rodríguez apuntaban a lo imposible: 1) cancelar la investigación que lleva adelante el fiscal Karim Khan de la Corte Penal Internacional (CPI) sobre las violaciones a los derechos humanos en Venezuela, como si la decisión de la CPI dependiera de la reunión; 2) liberar a Alex Saab de la prisión en EEUU, como si la justicia norteamericana dependiera igualmente de la reunión; 3) el pago de los 3.200 millones de dólares del Fondo de Protección Social acordado en noviembre de 2022. 4) el retorno del oro venezolano congelado en Inglaterra. Mucha retórica caprichosa.

Llama la atención que esta reunión de seis horas concluyó sin un acto colectivo para anunciar sus resoluciones. El canciller colombiano Álvaro Leyva, sin la presencia de los otros representantes, leyó en solitario un breve comunicado con apenas “tres puntos en común”.

Primero, la necesidad de establecer un cronograma electoral que permita elecciones libres, transparentes y con plenas garantías para todos los actores venezolanos tomando en cuenta las recomendaciones de la Misión de Observación Electoral de la Unión Europea de 2021.

Segundo, que los pasos acordados para satisfacer a las partes vayan en paralelo con el levantamiento de las diferentes sanciones.

Y tercero, que continúen las negociaciones en México, con la mediación de Noruega, acompañadas por la aceleración de la implementación del Fondo de Protección Social acordado en noviembre.

Se afirma que varios representantes internacionales habían abandonado la sede la Cancillería antes del anuncio de Leyva. Parece que no hubo un clima de satisfacción y varios analistas colombianos y venezolanos se preguntan para qué sirvió esta reunión.

Fue una cumbre sin consenso.

La expulsión de Guaidó

El mismo día que se celebraba en Bogotá la reunión internacional sobre Venezuela la Cancillería colombiana decidió expulsar a quien, desde 2019, se desempeñó como presidente interino de Venezuela con el reconocimiento de más de 40 países democráticos. Juan Guaidó se declaró un perseguido político de Nicolás Maduro.

El dirigente opositor ingresó a Colombia como lo han hecho cientos de miles de sus conciudadanos, a pesar de que tenía prohibición de salida de Venezuela, para tratar de participar en la cumbre internacional en Bogotá. El gobierno de Petro indicó que había llegado a territorio colombiano “de forma irregular”. Fue evidente que su presencia era incómoda para el gobierno de la Casa de Nariño. El canciller Leyva se contradijo en varias oportunidades y, al final, fue puesto en un vuelo comercial hacia Miami.

En EEUU ha declarado que es un perseguido del régimen de Miraflores pero también de la Casa de Nariño. No piensa pedir asilo al gobierno de Joe Biden. Y mantiene su candidatura para las primarias de la oposición venezolana.

Acaba de ser recibido por Luis Almagro, secretario general de la Organización de Estados Americanos, en el marco de la 53ª Conferencia de Washington sobre las Américas.

Foro Miradas desde adentro y desde afuera

EL OTRO DUELO MIGRATORIO

REDACCIÓN ÁVILA MONSERRATE



Como parte de la programación de la Feria Internacional del Libro de Bogotá (FilBo), el pasado sábado 22 de abril, se realizó el foro *La diáspora venezolana, miradas desde adentro y desde afuera*. Moderado por la reconocida periodista y docente universitaria colombiana Ginna Morelo, con la participación de escritor venezolano Héctor Torres y del sociólogo, columnista de prensa y editor Tulio Hernández, la jornada giró en torno a los orígenes, magnitudes y modalidades del fenómeno migratorio venezolano y su tratamiento periodístico, así como de la crónica y la narrativa de ficción.

El foro, que formaba parte del Encuentro Internacional de Periodismo, promovido por la Universidad del Externado, fue una oportunidad para que Héctor Torres expusiera al público asistente las actividades de *La vida de nos*, un portal web venezolano dedicado al desarrollo del periodismo narrativo en su país. Un medio que se distingue por su modo particular de contar historias de vida de ciudadanos comunes, que conjuga el periodismo y la literatura con un interés particular en las circunstancias de migrantes o de familiares o amigos que viven desde Venezuela, la migración de seres queridos.

Un tema que concentró la atención de los presentes fue lo que Tulio Hernández denominó el ‘otro’ duelo migratorio, refiriéndose a los efectos de tristeza y sentimientos de pérdida que viven, ya no solamente quienes se van del país, sino también, quienes se quedan y comienzan a vivir lejos de hijos, nietos, hermanos, amigos o parejas.

Al respecto, ambos ponentes ofrecieron sus versiones particulares del fenómeno, recordando, entre otras perspectivas, la imagen de ‘los abuelos huérfanos’, manera como se ha denominado la experiencia de muchas personas mayores que no han podido disfrutar a cabalidad de sus nietos, ya sea porque sus hijos —migrantes venezolanos— se los llevaron apenas nacieron o, simplemente, porque han nacido fuera del país.

Otra imagen utilizada es la de los ‘abuelos Zoom’ para describir la experiencia, cada vez más común, de venezolanos que, al no poder viajar, ya por edad, enfermedad o por no contar con los recursos económicos necesarios, se resignan a la experiencia de encontrarse con sus hijos y conocer a sus nietos exclusivamente a distancia a través de aplicaciones y plataformas como WhatsApp, Zoom, Skype o Meet.

Ambos ponentes también se pasearon por lo que llamaron “diversas oleadas migratorias”. Torres destacó cómo los primeros migrantes, en la primera década del siglo XXI, correspondían a estratos de clases acomodadas y clase media profesional. Y, cómo, a medida que —a partir de 2017— cuando se agravó la situación económica, creció exponencialmente la escasez de alimentos y cayó dramáticamente el poder adquisitivo del bolívar, cada vez más personas de menores recursos, víctimas de la pobreza y precaria formación educativa, se convirtieron en la población migrante venezolana mayoritaria.

Hernández, por su parte, acotó que esas oleadas de escape a las penurias del socialismo del siglo XXI se pueden representar a partir de tres símbolos. Primero, el mural de Cruz Diez que tapiza la sala de partidas del Aeropuerto Internacional Simón Bolívar, sobre el que los migrantes, como gesto de despedida del país, se retrataban los pies. Ese sería el símbolo de cuando la migración partía en avión.

Luego, la famosa foto aérea, de febrero de 2018, que muestra el Puente Internacional Simón Bolívar, que une a San Antonio del Táchira con la Villa del Rosario, Norte de Santander, atiborrado de comienzo a fin, por una masa de venezolanos que pugna por entrar a Colombia como si hubieran de una guerra. Ese sería el símbolo de la migración hacia Suramérica que se hacía, y aún se hace, en autobús.

Y, por último, las conocidas imágenes de ‘los caminantes’, atravesando a pie por los hombrillos de las carreteras, con sus pertenencias al hombro, por los fríos páramos, partiendo de Cúcuta, camino de Bucaramanga, Tunja y Bogotá. Ese fue el símbolo del desespero mayor, el de quienes no tenían dinero siquiera para pagar un pasaje de autobús y se lanzaban a caminar buscando un nuevo destino.

La sesión terminó con una saga de preguntas del público a los ponentes y con reflexiones compartidas sobre el periodismo de compromiso, calidad, explicación y responsabilidad necesarios para promover la integración de los migrantes y luchar contra los brotes de xenofobia tan comunes en estos procesos.

Un espacio en Bárbula

LA PARANOIA DE LA DIÁSPORA

TOMÁS PÁEZ



Leo nuevamente el texto de Anne Applebaum, *La hambruna roja*, dedicado a desentrañar lo ocurrido en Ucrania tras la instalación del régimen socialista soviético. Encuentro en él extraordinarias semejanzas a las incomprensibles paranoias del gobierno venezolano con respecto a su rechazo a la ayuda internacional destinada a socorrer a la —según ellos— inexistente diáspora, a la opacidad y ocultamiento de la información, bien público de la democracia, y su compulsión a mentir en todo y sobre todo. La paranoia del gobierno venezolano, empaquetada en odio y xenofobia, es merecedora de un espacio en Bárbula.

En su texto, la autora documenta la terrible crueldad de los jefes soviéticos —Lenin, Trotsky y Stalin— con la sociedad ucraniana. Cometían todo tipo de atrocidades: ejecuciones, tratos degradantes, tortura y saqueo. Brutalidades que también han sido cometidas por el gobierno venezolano, y que están documentadas en los informes de la Misión de Expertos Independientes de las Naciones Unidas.

Applebaum nos advierte que el odio hacia los ucranianos fue ejercido con particular saña, y comenzó tras el golpe de Estado perpetrado por los bolcheviques para hacerse con el poder. Agrega: lo hecho en contra de los ciudadanos de Ucrania no se diferencia mucho de lo sucedido a los chechenos y a los polacos durante la II Guerra Mundial y “si miras bien, a lo que los rusos hicieron a otros rusos, durante el periodo de Stalin; no es muy diferente”.

Sus decisiones y políticas, como la erradicación de la propiedad privada y la estatización y colectivización forzada, provocaron la miseria y la muerte por hambre de millones de ucranianos, y obligaron a constituir los comités para la hambruna. Las penurias, resultado del saqueo perpetrado a los productores ucranianos, alcanzó tal magnitud que hasta el mismísimo partido comunista de ese país, en 1921, consideró la opción de solicitar ayuda a los ucranianos que habían emigrado a Canadá y los Estados Unidos.

Por fortuna, las labores de socorro realizadas por la Cruz Roja, la cooperación judía, las organizaciones europeas y la agencia estadounidense de socorro, lograron remediar a millones de ucranianos. Se estima que en medio de la terrible debacle humanitaria, la ayuda proveniente de EEUU lograba alimentar a once millones de personas al día.

Tal cooperación internacional, pese a la realidad nunca vista de hambre y miseria en la que la gente mendigaba una rebanada de pan y moría de hambre, nunca fue bien vista por los bolcheviques, quienes no aceptaban ni la ayuda internacional ni la intervención de organizaciones de la sociedad civil que no fueran administradas y dirigidas directamente por el partido comunista. Lenin protestó airadamente y rechazó las labores de socorro de organizaciones internacionales. Mientras leía este pasaje no podía evitar recordar lo ocurrido en Venezuela durante el deslave. En esa oportunidad, el gobierno venezolano rechazó y despreció la ayuda proveniente de Estados Unidos, desconociendo las gestiones de su ministro de Defensa y del coordinador de Defensa

Civil.

Despreciar y rehusarse a que los venezolanos fuesen auxiliados en momentos tan difíciles y de tanta vulnerabilidad, confirma su marcado desinterés por la vida de las personas. La dejadez y abandono de los ciudadanos en Ucrania, Cuba o Venezuela, no es un hecho aislado o fortuito. Es, como se ve, parte integral de su conducta. Por ello, no nos asombra el rechazo explícito a la ayuda internacional dirigida a socorrer a la diáspora venezolana. El repudio a la cooperación internacional y a las asociaciones de la sociedad civil a través de las cuales se ejecutan las acciones de auxilio, pretende convertirse en ley tras su aprobación en primera discusión. Ahora se encuentra en fase de consulta antes de su debate en la Cámara. Su propósito, nos dicen, fiscalizar y regularizar a las organizaciones de la sociedad civil.



Como punto de partida asumen que las organizaciones de la sociedad civil son enemigas. Ellas pretenden desestabilizar el país y su actuación es “una situación irregular”. Nos dicen: la mayoría de estas asociaciones civiles y fundaciones dependen de Estados Unidos, operan como apéndices de Washington y su objetivo “es garantizarle al imperialismo su presencia en el mundo entero”. Los argumentos que dan sustento a esta iniciativa corroboran, una vez más, que lo suyo no son las personas, sus necesidades y las formas de atenderlas, sino el control sobre los recursos. De ese afán de dominio absoluto no han logrado zafarse ni siquiera organizaciones internacionales de reconocida trayectoria, a las que el gobierno ha utilizado con fines de marketing político.

Ese voraz afán de control hace que crezcan las alarmas y suspicacias entre las instituciones donantes: temen ser usadas por el gobierno y, además, que se roben los recursos destinados a la ayuda; temor debidamente fundado en el caso del gobierno venezolano, si nos atenemos a las cloacas del saqueo en Pdvsa que han salido a flote recientemente.

Eran los mismos temores que encaraba la cooperación internacional; conocían el grado de saqueo ilimitado al que podía llegar el régimen soviético. Allí descansa la razón de la desconfianza de la Organización de Ayuda Americana (ARA, acrónimo de sus siglas en inglés), presidida por quien fuera después presidente de Estados Unidos, Herbert Hoover. Advierte la autora: la organización atendió y alimentó a millones de personas diariamente y aportó equipos y medicamentos. Cualquier semejanza con las sospechas y suspicacias de la cooperación internacional con el gobierno venezolano, no es mera coincidencia. El saqueo es consustancial a los regímenes con pretensiones de eternizarse en el poder, suprimiendo los contrapesos de los restantes poderes, sin los cuales la democracia pierde su sustento. Es también inseparable de la mentira y el engaño, ya que estos regímenes consideran a los ciudadanos como una partida de idiotas.

En este terreno, el cinismo del gobierno y sus más conspicuos voceros alcanza niveles inimaginables. Mientras crece la pobreza aumenta el robo, como lo revela una de las tantas bandas saqueadoras de Pdvsa; aumenta el número de migrantes y se intensifica el silencio del gobierno, se multiplica la crisis humanitaria y, entretanto, recitan la frase victimista: son las sanciones. Se llenan la boca hablando de patria y han sido incapaces de sumar la voluntad de los venezolanos en torno al Esequibo. La mentira tiene patas cortas, como dice el refrán popular.

Su indefinida necesidad de ocultar y tergiversar la realidad, los datos y la información, es periódico de ayer. Lo novedoso es el uso de las tecnologías que multiplican y potencian la mentira a través de *trolls* y *boots*. Utilizan periodistas y medios de comunicación amigos, como antes lo hizo el socialismo soviético. Anne Applebaum se refiere a Walter Duranty, corresponsal de *The New York Times* en los años 30 y responsable de la fuente en Ucrania, quien ocultó deliberadamente la hambruna en ese país.

Por allí hay varios Duranty, personas y medios que desde su visión hemipléjica de la realidad, critican y estigmatizan a quienes hablan u optan por guardar silencio. Algunos con algún vestigio de dignidad reaccionan, aunque tardíamente. A ellos habría que preguntarles por qué nunca se ocuparon del tema o mantuvieron una equidistancia cómplice.

Organizaciones especializadas en detectar información falsa en las redes, alertan acerca del impacto en el inadecuado tratamiento de los fenómenos migratorios y la propagación de la xenofobia.



bia. El gobierno ha instalado una sofisticada red de amigos alrededor del planeta y un complejo aparato de gobierno cuya misión es difundir información falsa. Esta realidad ha sido denunciada en reiteradas ocasiones por distintas organizaciones especializadas en el tema. Las redes de amigos organizados replican y multiplican la información. Banalizan el éxodo, lo estigmatizan, solo hablan del retorno, el cual exaltan, y omiten mencionar el incesante éxodo.

Entretanto, gobiernos, organismos multilaterales y asociaciones civiles brindan apoyo y promueven complejas estrategias de regularización e integración. Adelantan políticas con el propósito de aprovechar las competencias y habilidades del capital humano. El gobierno, victimista y ausente, pese a los intentos por ocultarlos, confirma con cada saqueo lo que todos sabemos, que el país está ‘administrado’ por personas muy corruptas, aunque se llamen a sí mismos patriotas, lo que habla de su pésimo concepto de patria.

Intentan por todos los medios posibles crear la sensación de que no hay razón para involucrarse en la vida pública, nada se puede lograr, todo lo controlan. Su propósito es instalar la desesperanza y el miedo. No será posible contar con datos oficiales acerca del éxodo, tampoco podrán trabajar las organizaciones de la sociedad civil. La paranoia particular con la diáspora los lleva a proferir argumentos destemplados y a deshora, rasgo que no poseen en exclusiva y de hecho comparten con otros agentes.

La paranoia crece como una hiedra, abrazando a otros actores. Estos azuzan el miedo a la creciente diáspora venezolana en la región y el mundo. Algo así como “ahí viene el lobo”, el término preferido es el de “crisis migratoria”. Una forma de enardecer a los gobiernos de los países de acogida, un incentivo político para que los amigos de la región tomen cartas en el asunto. En realidad, los efectos positivos de la diáspora, en todos los planos, operan como el real incentivo para el diseño de mejores estrategias de aprovechamiento, a través de la regularización y la integración. Pese a la tragedia humanitaria que atraviesa Venezuela, la pobreza, la persecución política y la honda corrupción, semejante a la situación descrita por Anne Appelbaum, sus argumentos no invitan a la desesperanza o el pesimismo, en la presentación de su libro su discurso culmina con mucho optimismo, “la historia ofrece esperanza además de tragedia. Stalin fracasó”. Los modelos totalitarios han fracasado y, pese a todas las arremetidas, ni pocas ni pequeñas, la democracia ha demostrado sus fortalezas.

Volver a cuándo

LA NOVELA DE LA MIGRACIÓN

JUAN FRANCISCO MISLE



«Los escritores profesionales escribimos primero en nuestras cabezas antes de hacerlo sobre la hoja en blanco». Esa reflexión la leí de la pluma de Rosa Montero, y es exactamente lo que me ocurrió al escribir esta breve reseña sobre la novela de la venezolana María Elena Morán titulada *Volver a cuándo* (Editorial Siruela, Nuevos Tiempos, Madrid, 2022).

Calzaba muy bien el aserto de Montero con lo que pasaba conmigo salvo el insignificante detalle de que no soy escritor y muchos menos un escritor profesional. Lo cierto es que yo también escribía esta reseña en mi cabeza mientras me ejercitaba en el gimnasio, cuando conducía el coche, y en las noches antes de ir a la cama. Supongo que ocurre a menudo. Se trataba de una mini calamidad deliciosa e incesante que luchaba por brotar y plasmarse en frases y oraciones escritas para ser compartida con otras personas. Esta novela de Morán resultó una de las más agradables sorpresas literarias con las que me he topado este año y por eso me rehúso a aceptar que mis compatriotas no estén hablando profusamente sobre ella con el mismo fervor que yo intento hacerlo. Comienzo diciendo que esta pequeña joya de 177 páginas se monta en la misma ola exitosa de la literatura venezolana que se está escribiendo en la actualidad en torno al fenómeno del chavismo en Venezuela, y en este caso particular sobre las migraciones de millones de compatriotas, que ha dado visibilidad y notoriedad internacional a autores como Alberto Barrera Tyszka, Karina Sainz Borgo, y Fernando Martínez Mottola, entre otros. La campanada de atención sobre *Volver a cuándo* la dio la noticia de que fue acreedora del premio Café Gijón 2022; ese merecido laurel, dicho en *passant*, ha resarcido de alguna manera mi respeto hacia los concursos literarios españoles, salvo algunas vergonzantes excepciones que nunca faltan y siguen escandalizando.

Tengo la impresión que los escritores del patio han conseguido en este asunto del chavismo y del éxodo de millones de compatriotas una verdadera mina de oro a la escala del Potosí para sus creaciones literarias. Algo similar al lugar que ocupa el tema de la guerra civil española y el franquismo para los escritores de la madre patria, o el de la violencia de la narco-política entre los colombianos.

Como se ha dicho, se trata de una novela cuyos personajes están envueltos en la vorágine vivencial de las migraciones masivas de venezolanos hacia otros países a partir del 2018 cuando ocurre la implosión social de la revolución chavista en su etapa madurista que dejó convertido en escombros las ilusiones originales que ese experimento había forjado en el alma de muchos connacionales y en las barras de los acólitos internacionales del chavismo del momento.

Alejándose de propósitos moralizantes, la narradora toma de la mano al lector y lo lleva a conocer al menudeo las secuelas ocasionadas por un régimen que hundió en un foso profundo e indignante a millones de personas, chavistas y opositores por igual, pulverizando a la clase media criolla, y castigándolos a todos con una severidad de la que no se tienen precedentes históricos, al menos en el hemisferio occidental. Un fracaso, nunca está demás recalcarlo, que no se limita a los aspectos económicos y sociales de los que típicamente se ocupan la prensa internacional y las instituciones multilaterales, sino también, y sobre todo, un fracaso personal que impacta

a los integrantes de una familia maracucha que como otras tantas en el país había sido también entusiasta seguidora del comandante.

La novela de Morán se inicia con la huida no anunciada, y menos aún planificada, de Nina a un pueblo miserable y desconocido de Brasil, y la separación que ello supone con el resto de su familia que deja anclada en Venezuela: su hija adolescente, Elena, los padres de Nina, y su ex esposo, Camilo. Una separación que profundiza viejas grietas emocionales existentes entre ellos, y que dispara otras nuevas, como la sensación de abandono y de indiferencia. La autora nos muestra de manera convincente y conmovedora la incertidumbre, el miedo, y la absoluta precariedad existencial en que transcurren las vidas de todos los personajes de *Volver a cuándo*. Corrijo: de todos los personajes de la novela excepto la de Camilo, que es el único de ellos capaz de beneficiarse materialmente de la revolución producto de un incidente fuera de su control y de su capacidad para manipular a su entorno social gracias a lo cual asciende en la nomenclatura burocrática, anónima y corrupta del chavismo en el poder.

La historia del éxodo de Nina encarna muchas de las miserias del brutal proceso de migración de venezolanos, tanto de los que huyen del país como de los que permanecen dentro de sus fronteras. Los atrevidos como ella que huyen (o que son expulsados por las agobiantes circunstancias económicas y sociales que les toca vivir) se consiguen un mundo que no está preparado para recibirlos en masa, ni ellos para enfrentarlo. Nina se enfrenta a repugnantes episodios de racismo y violencia, a dificultades vinculadas al desconocimiento del idioma portugués y de las costumbres de la cultura brasileña, a la escasez de trabajo, de techo, y hasta de un espacio privado para atender sus necesidades más íntimas. En ocasiones Nina siente que es objeto de expresiones de conmiseración y lástima por parte de almas caritativas que sin proponérselo terminan lacerando la dignidad de inmigrantes como ella. Porque todo es más complejo cuando eres una migrante mujer, madre, sola, sin recursos económicos para sostenerte, y cuando provienes de una sólida clase media profesional, como es su caso, cuyo ascenso social se tenía por asegurado en Venezuela. Sus problemas de adaptabilidad son enormes, lo mismo que sus remordimientos y complejos de culpa que la azotan incesantemente. Pero a los que Nina dejó atrás, su madre Graciela y la pequeña Elena, no les va mejor que a ella, y quizá hasta les va peor: padecen de la falta de alimentos, de la pérdida progresiva de peso, de días enteros sin agua ni luz eléctrica, y de una sensación de absoluto abandono y deterioro. Todo eso dibuja el territorio emocional de las personas de la novela de Morán quien con pasmosa habilidad narrativa nos hace sentir el calor de Maracaibo a 38 grados a la sombra; reconocemos en el singular y sabroso voseo al hablar de sus habitantes; entender las razones del desconcierto de Elena, abandonada primero por su padre y luego por su madre, su rebeldía y recriminación hacia Nina; y enardecemos ante la hipocresía de Camilo y de los dirigentes políticos del chavismo.

He allí, pues, una apretada síntesis de la temática que aborda la novela de María Elena Morán. Una historia de desarraigos *a la venezolana*. Al cabo de su lectura uno queda convencido de la eficacia de la ficción literaria para ayudarnos a entender complejos procesos políticos. La sutileza en el tratamiento psicológico de cada uno de los personajes de *Volver a cuándo* es quizá el mayor atributo de esta obra. No dejen de leerla. Estoy seguro que quedarán fascinados con esta novela que narra magistralmente una de las tragedias más dolorosas que se han producido en la Venezuela chavista: la del éxodo masivo de compatriotas y la incertidumbre de no saber a dónde regresar, ni a cuándo, una vez todo este monumental disparate concluya.



Tiempo para la vida

NUEVA EXPOSICIÓN DE DANILO ROJAS

El importante artista colombiano Danilo Rojas presenta su nueva muestra pictórica *Tiempo para la vida*, que se estará presentando de desde el 6 de mayo hasta el 6 de julio de este año, en la taller de cerámica de la artista colombo-venezolana Dalita Navarro, El Paseo Higge, ubicado en la calle 4 N° 4-58, de Subachoque.

Esta nueva exposición de Rojas fue concebida como una invitación a reflexionar sobre “el arte de estar presente frente a lo bello”.

Las visitas guiadas por el artista deben ser concertadas previamente por los teléfonos 315 3318520 y 310 2663794.

De jueves a sábado de 11:000 am a 5:00 pm y los domingos de 11:00 am a 2:00 pm.

Plan País y Red Global de la Diáspora

PRIMER LABORATORIO DE INNOVACIÓN SOCIAL

Una invitación muy especial. Si eres una persona venezolana o colombiana viviendo en Cúcuta o Medellín y te interesan los temas de incidencia pública e innovación social, puedes participar en LIVE, el primer laboratorio de innovación que busca fortalecer la agenda de la diáspora venezolana en Colombia.

En LIVE encontrarás aprendizajes, experiencias y acciones para el fortalecimiento ciudadano.

La primera versión será en Cúcuta el 10 de mayo y la segunda en Medellín el 13 de mayo. Ambas de 8:00 am a 4:00 pm.

Es una invitación de Plan País y la Red Global de la Diáspora de Venezuela.

Este es el link de inscripción: <https://forms.office.com/r/hHihf3EnhN>